

que, según testigos presenciales, llegó a ser mayor en los últimos tiempos que en el mismo Ejército alemán, que siempre fué de ella modelo.»

Conformes de toda conformidad, es indispensable la disciplina en el ejército, como es necesaria la subordinación en todos los organismos que forman una nación, como es imprescindible la obediencia en la familia y como es elemento de perfección, imposible de sustituir por otro, en la vida religiosa, la observancia. Pero no tratando toda la cuestión, aunque si uno de los elementos más fundamentales con el asunto de la disciplina militar, queremos recordar la pregunta con la que terminábamos nuestro artículo anterior y a la que hemos de dar hoy respuesta en todo o en parte, repitiendo que eso de la disciplina militar es una parte de la respuesta total.

Hé aquí nuestras palabras:

¿Hay quien se eduque en España para trabajar después, con la debida aptitud, en la educación de los hombres que nos toca civilizar en Africa? Y si no hay medios para adquirir esta capacidad intelectual y religiosa, ¿quién es el que debe atender esta necesidad?

Que en España no hay centros de preparación para formar los hombres que han de ir a Marruecos, es indudable; hasta de la falta de conocimiento del idioma moro se han ocupado los periódicos, por boca del gran patriota *Armando Guerra*, y lamentándose muy racionalmente de esta ignorancia tan digna de reproche.

De la instrucción meramente militar que recibe el soldado africano juzguen los militares; de la instrucción intelectual cualquiera puede juzgar, por muy escasa que se le suponga siempre será menos. Ni el idioma, ni la Geografía, ni la Historia de la región de nuestra influencia son conocidos por el soldado español que va al Africa; sabe lo que se alcanza por referencias que vagan en el ambiente. ¡Cuántos van y vuelven sin saber leer y escribir! En tales condiciones, sin conocer mas terreno que el que se frecuenta, sin saber los hechos realizados por los hombres en esos lugares y sin poder entenderse con los naturales del país, como no sea que éstos sepan el español, nuestra influencia por tal respecto, será todo lo menguada que se la quiera suponer.

Y de los fines que persigue España en Africa ¿qué sabe nuestro Ejército y qué saben los elementos civiles que forman nuestros pueblos de ocupación civilizadora? ¡Cuántos no saben mucho más allá de que es doble la retribución o de que son más pingües las ganancias, o de que se está en mejor ocasión de ascender, o de que se pelea por tener unas minas más o cosas por el estilo! ¡Cuántos que no han pasado de juzgar que sostenemos un ejército en Marruecos para conseguir el *barniz de civilización* de que hablamos con Mirabal! ¡Cuántos que piensan que la civilización es lo que conviene, lo que da utilidad, lo que hermosea materialmente una o varias ciudades, al estilo de la elegante barbarie europea que hoy *disfrutamos*, rebotante de toda suerte de antros para nutrir los vicios! De cómo se vive en Africa y de cómo se debe vivir pocos se ocupan y menos se preocupan. ¿A qué pensar en destruir los harenes, si, al fin y al cabo, se muestran más recatados que las elegantes reuniones en cines, teatros, playas y bailes? Si de lo que se trata es de enriquecerse a